

labras sajonas, ella, con sus amaratadas piernecitas al aire, oprimido el cuello por una piel de marta y los ojos azules muy abiertos, mira cómo se acerca una muchacha mofletuda, que, por un agujero de la toquilla roja, adelanta un brazo nervioso á cuyo extremo hay un grueso zoquete de pan. No hay duda: es á ella á quien se dirige.

—¿Juegas?

—Lo siento mucho...; pero no quiere la Miss.

*

Salgo del jardín; por una de las avenidas, pasan lujosos trenes, arrastrados por troncos de alazanes gallardos, que sacuden sus cascos á martillo. En todos ellos, hay mujeres hermosas, jóvenes, elegantes, dignas de admiración, cuando no de reverencia y devoción fanática. Todas van reclinadas en sus perfumados almohadones, cubiertas las carnes de pedrería, y las ropas, de encajes. Y van serias, muy serias. Las sacerdotisas no rien, y ellas lo son de la belleza, de la opulencia, del *buen tono*. Parecen algunas prisioneras tras los cristales biselados de las portezuelas, ornadas de blasones. Imaginándolas reunidas, la fantasía se figura algo como una recepción palaciega ó una ceremonia claustral, algo muy solemne y muy frío. Una carcajada haría, de seguro, volver la cabeza con estupefacción á todas aquellas vírgenes adustas.

Por la acera, pasan charloteando, riendo á boca llena, grupos de obreras y de sirvientes. Posible es que mañana mismo, por cualquier tontería, sean despedidas de la fábrica, del taller, de la casa en que

sirven. No importa. Rien con el alma y la vida, y algunas se aprietan la cintura para reir con más denuedo. A su lado, caminan unos cuantos mancebos con chaquetón, los cuales dicen nadie sabe qué majaderías; sin duda, son de á folio, porque despiertan una hilaridad más que homérica.

Desde luego, el grupo es contemplado con envidia desde más de un carruaje. Es probable que alguna joven aristócrata, presumiendo cuál sea el género de los chascarros, haya también sentido ascender á sus labios la risa franca; pero se habrá contenido, recobrando inmediatamente su digna seriedad. Hay que ir decorosamente en carruaje; saber andar en coche es lo primero, y «todo otro andar es andar á gatas».

*

En los teatros, los espectadores de las lunetas entraron correctos, serios, casi cejijuntos, mientras asaltaban con inusitada alegría los duros y malolientes asientos de las graderías los concurrentes á las funciones de tarde. En los cafés, se discutía, se hablaba, siempre con gravedad ó enojo, mientras los granujillas asomaban á los cristales sus caras llenas de churretones y desfiguradas por muecas risibles. Al volver á mi habitación, oí en el camino disputar en voz alta á varios caballeros, en tanto que un porteador de muebles, agobiado por el peso de un enorme ropero, canturreaba con voz aguardentosa un tango popular.

Llegué á mi habitación; todo me parecía sombrío. El día de fiesta para todos había sido para mí de aburrimiento y displicencia.

En la escalera he encontrado á Tomasillo, un hijo del albañil que habita en el piso sexto; el rapaz venía también de pasar la tarde lo mejor posible.

—¿Te has divertido mucho?—he preguntado al chico.

—Sí, señor: mucho.

—Pues, hijo, yo, maldito—he replicado con cierta envidia.

—¡Claro!—ha interrumpido el muchacho—. Nosotros, los pobres, nos alegramos con cualquier cosa; pero ustedes, los *señoritos*, ¿cómo han de divertirse, si no les deja la *educación*?

LOS IMAGINEROS

Cuéntase del insigne escultor Alonso Cano que, al morir, habiéndole presentado el sacerdote que le agonizaba un crucifijo de mala talla para que lo besase, Cano lo desvió volviendo la cara, y le dijo: «—Deme, padre, una cruz sola, que yo, en ella, con la Fe, venero á Jesucristo, y lo reverencio como es en sí y como lo contemplo en mi idea.» ¡Cuántas veces, en catedrales, iglesias y conventos, no hemos recordado la frase memorable y hemos vuelto la cara por no contemplar las imágenes, verdaderas profanaciones religiosas y artísticas! ¡Qué de Cristos retorcidos y absurdos! ¡Qué de Vírgenes desproporcionadas y ridículas! ¡Cuánto Apóstol, Evangelista, mártir ó prelado grotesco, harto más semejante á un icono chino que á un glorificador de la creencia! Y, todavía, me-

nos mal cuando la obra del escultor aparece como es; pero, en millares de hornacinas, el Hijo de Dios ciñe groseras enaguillas de encaje ó de simple bordado; la Virgen Madre ostenta vestiduras y mantos anacrónicos, recargados de falsa pedrería y de chafado y sucio oropel; no hablemos del Divino Niño, adornado como un muñeco, almidonado, perfumado, cubierto de felpas y cordonerías, recamados y lentejuelas. Los cirios rizados, las flores de papel y de trapo, los cacharros de cristal y de loza, y, modernamente, las guirnaldas con bombillas eléctricas, á cuyos lados se destacan los cromos deplorables de los Sagrados Corazones ó las almibaradas figuras de pasta, repintadas y barnizadas por los fabricantes alemanes judíos de Hamburgo, acaban por descorazonar al artista y producirle la más invencible repulsión y el más triste de los abatimientos.

En general, en nuestro país, el clero ha cometido en las iglesias todo género de profanaciones: á los más bellos edificios ha adosado capillas y viviendas que ocultan las más primorosas fachadas con sus moles odiosas de cascote. En el interior, ha encalado columnas y bóvedas de piedra labrada; ha embadurnado púlpitos, retablos y órganos de talla; ha vendido joyas, y las ha reemplazado por *pastiches* ó imitaciones grotescas; ha llenado los altares de vasijas, trapajos, chucherías y ex-votos lamentables. Apenas si hay una sola preciosidad que no esté eclipsada por algún mamarracho vulgar que pone á los amantes de la belleza los cabellos de punta.

Es en las imágenes, sobre todo, en donde la impresión es más honda. Las más veneradas carecen, por lo común, de mérito artístico, y sus indumenta-

rias asustan por lo impropias: tales, las del Pilar y Monserrat. En los nuevos templos jesuíticos, las figuras más relamidas, fabricadas por los consabidos hamburgueses, recuerdan las figurillas de pasta con que adornan sus bandejas los confiteros. En casi todas las iglesias, hay una veneradísima imagen que sólo tiene cabeza. Joven doncella ha habido que, encargada de vestir á Nuestra Señora, quedó horrorizada al ver que su cuerpo era un tronco sin descortezar de álamo ó de chopo. El cuento del baturro que no respetaba al santo patrono porque *lo conoció ciruelo* es, en nuestros templos, á todas horas, de palpitante actualidad.

Y hemos tenidos imagineros: Jerónimo y Gregorio Hernández, Francisco Salzillo (Zalzillo dice la partida de nacimiento), Alonso Cano y Juan Martínez Montañés, son de ello buen ejemplo; no hablemos de Berruguete, quien, más que la madera, trabajó el mármol, ni de los extranjeros que trabajaron en España, como Juan de Juní y otros no menos gloriosos. Los citados artífices llegaron en alguna de sus obras á la perfección. Pero ¡qué de dificultades para admirar sus obras, y qué lugares han sido escogidos para su exposición y conservación!

Salzillo fué escultor realista; pero ¡qué expresión ideal en el rostro de su *Dolorosa*! Pues bien: entre los años tres y nueve, ha sido despintada la cara para sacar una mascarilla. ¡Qué grandiosidad la de la *Cena*! Pero la *Cena* está encerrada en una habitación reducidísima, de donde no puede ser sacada sin grave peligro de los porteadores; para verla, es preciso subir andamiajes y caminar junto á la pared por resquebrajados tablonés, ó esperar las procesiones de

Semana Santa, en que la mesa aparece cubierta de manjares, frutas y legumbres. ¡Cuán admirable *La oración en el huerto*! Pero los olivos han sido sustituidos por una palmera, y Jesús, vestido de gala. En Santo Domingo, en San Pedro, en San Nicolás, en San Miguel, en los conventos, en las capillas, en Murcia, en Cartagena, en Orihuela, en Alcantarilla, están esparcidas las preciosísimas esculturas, pero siempre arrinconadas, empolvadas, encerradas en sitios en que la admiración es imposible.

Hasta hace poco tiempo, daba vergüenza ver las imágenes admirables de Gregorio Hernández en el Museo de Valladolid. Había allí basura para abonar un predio. Ahora, menos mal. Pero ¿qué efecto han de producir las imágenes religiosas fuera de sus lugares apropiados, que son los altares? En formación ó amontonamiento, entre otras de Coello y Juní, están algunos pasos de Semana Santa y la Virgen con Jesús en los brazos, y otras muchas maravillas. No sabemos, sin embargo, asegurar que están peor que las esparcidas por las iglesias de Valladolid y por las Huelgas, Sahagún, San Cebrián de Campos, Ríosecó, Medina, Nava del Rey, Aniago, Tudela, Avila, Salamanca y Zamora.

¿Pues qué diremos de las de Montañés en Santiponce y en algunos conventos de Sevilla? Pero, ahora, se ha conseguido siquiera que las poblaciones se interesen en la conservación de estas joyas, de que, hace años, ni siquiera se daba cuenta en diccionarios, ni aun en obras de erudición arqueológica. Ved lo que dicen de Gregorio Hernández D. José María Quadrado, y de Montañés, D. Pedro de Madrazo; quien busque allí noticias, datos, descripciones si-

quiera, acabará por acudir (¡oh, vergüenza!) al *Baedeker*.

Nada comparable á la sugestión que produce el Nazareno de Montañés: ella ha sido reflejada por Salvador Rueda en una poesía inspiradísima. Otras esculturas llenas de errores anacrónicos, sobre todo de indumentaria, no pueden producir efecto análogo, como el portentoso San Francisco, de Alonso Cano; no puede hacer el mismo efecto que sus tallas de Granada y Jetafe. El Nazareno es una obra tan inspirada, tan sublime, que Montañés mismo se deleitaba buscándolo por las calles al paso de las cofradías. Cuando, por la noche, desfila por la del Silencio la divina escultura, «abatida la frente, la cruz á la espalda, clavada en el suelo la mirada vítrea, tejida de lirios la túnica, colgado del cuerpo el cíngulo de oro, el cabello mezclado de espinas y la sangre brotando en las sienes», parece congelarse en el pecho la sangre. El Arte no puede llegar á más, y su presentación nocturna, al reflejo amarillento de los cirios y el humo perfumado de los incensarios, en el silencio augusto que subrayan los pasos de los penitentes ó el lejano lamento de las *saetas*, da al espectáculo una entonación mística, sobrecogedora, por la cual bien vale la pena de visitar la ciudad del Guadalquivir.

¡Cuánta belleza esparcida, mal tratada, olvidada acaso! Un inventario de nuestras joyas artísticas que evite la incuria y acaso el fraude, se hace cada vez más preciso. Solamente así podremos saber hasta qué punto es rico y sorprendente el tesoro que supieron legar á su patria los imagineros españoles.

EL CASTILLO DE MESONES

Pasado el filo de la media noche, montamos á caballo, y, alumbados por el fulgor de la Luna menguante, salimos de Morata. Cruzamos el Jalón, rojizo como si aún llevara en sus ondas la sangre de los deudos de los Urgel y los Trastamaras y, dejando atrás los huertos floridos, emprendimos la ruta por el pedregoso camino que, en dirección Noroeste, cruza la provincia, para internarse por el Moncayo y llegar á Tarazona y pasar por esta vieja ciudad á Navarra.

La vegetación desapareció por completo á los dos kilómetros, pero tan completa, tan absurdamente que todos experimentamos una sensación de angustia y de horror. Ni un árbol, ni una mata, ni una yerba, ni una sola brizna asomaba su tallo en las rocas calcáreas, blancas, peladas que se extendían hasta donde la mirada podía alcanzar. El fulgor del astro nocturno nos sugirió la idea de encontrarnos en un paisaje salenita, sin plantas, sin agua, sin huella de seres humanos: todo ofrecía la visión de un mundo en que hubiera ocurrido un cataclismo apocalíptico, y la angustia aumentó en nosotros, porque nada acongoja tanto, por instinto de especie, como la presciencia de que la Tierra ha de morir y ha de rodar algún día en el espacio sideral, pálida y descarnada como un cuerpo muerto. Pensábamos entonces que habían sido las guerras fratricidas de los aragoneses las que habían esterilizado la tierra, endurecido las

colinas y poblado la comarca de espectros de granito, y esto nos conturbaba aún más en aquella fúnebre soledad, en que cada roca se asemejaba á un cenotafio. Sentíamos frío, y en la frente, un desvanecimiento como de pesadilla. Parecía, en el desierto de piedra, que la vida se había extinguido por siempre y que no volvería á renacer.

Así cruzamos Chodes, Arándiga y Nigüella. Una vega misérrima, unos cuantos edificios de adobes, cerrados y silenciosos, nos recordaban que allí había restos de humanidad. Luego, seguíamos por entre las rocas desnudas, amarillentas, hoscas, en su eterna calvicie, como las de un lugar de condenación, un círculo dantesco en el cual la pena mayor fuera esta dura y terrible palabra: *esterilidad*.

Doloridas las sienas, sedientas las fauces, fatigados los ojos de la luz lúgubre del satélite muerto, contemplábamos las estribaciones sobrecogidos. El suelo parecía oscilar en ondulaciones y anchos conos de forma de colmena: avanzaban en tropel las masas de rocas, y se separaban luego para mostrar el negro abismo cortado á cercén. Pero, siempre, todo pelado, cárdeno, muerto, como un planeta trocado en conglomerado de lava por el furor volcánico. En esta situación de ánimo, llegamos ya cerca del alba á Mesones.

La vega, pequeña, pero fértil, nos hizo anzar un suspiro de alivio. Allá, en el fondo de un barranco, florecían los huertos y el cultivo intensivo; su zona era muy reducida, pero ella alejaba de nuestro sensorio la impresión de la definitiva desaparición de la vida y la inteligencia. En lo alto de una colina, dominando el caserío semitroglodita, vimos el castillo, y,

de nuevo, la tristeza se hizo de nosotros dueña y señora. La fortaleza no era sino un montón informe de piedras, arrancadas por la saña destructora de los aldeanos. Desde la cumbre al valle, todo era un pedregal merced á ese furor devastador del pueblo po-brísimo, resignado á vivir en el páramo, sin más perspectivas que las del exterminio, el agotamiento y la muerte.

Todavía, algunos muros conservaban sus fuertes almenas y sus bien engendrados torreones. El castillo debió ser, sin duda, aunque no aparece mencionado en las crónicas más usuales, uno de los más bellos y poderosos de su época; de cuál fuera ésta nos procuró indicio en su plaza de armas, sobre una puerta coronada de apuntada ojiva, el escudo del Condestable. Una medio luna invertida, es decir, con las puntas del segmento hacia abajo, nos recordó la época turbulenta. ¿Acaso comenzaron la destrucción las huestes de los vengadores de Fernández de Heredia? «No lejos de la Almunia, escribe un historiador un día de 1411, se consumó una catástrofe sangrienta. Hervían los bandos y las ambiciones durante el fatal interregno, y el arzobispo de Zaragoza, Don García Fernández de Heredia, salía de la villa acompañado de algunos clérigos y seglares, acudiendo á la cita de su enemigo Don Antonio de Luna, campión del Conde de Urgel. Amistosa comenzó la conferencia; pero los interlocutores fueron alejándose, y pronto se vió al de Luna descargar el acero sobre el prelado; persíguelo los de Urgel, y le derriban de la mula, y acaban á estocadas. Doscientas lanzas salen de una emboscada, y acaban con feroz matanza la jornada de sangre.»

Desde luego, el alcázar no perteneció á los Condes de Urgel, que traían en campo de plata sobre su luna jaqueles de oro y negro, pero sí á sus descendientes, y, más que probablemente, á Don Alvaro, por la posición del menguante. Todavía es posible recorrer algunas estancias que debieron ser amplias y suntuosas, bajar á las poternas, hallar los restos del rastrillo, pasear sobre las murallas flanqueadas de cilíndricos torreones; dentro de poco, todo habrá desaparecido: garras de titanes, si no hierros de ignorantes labriegos, habrán hecho desaparecer la reliquia.

¿Por qué? Porque la leyenda cuenta que en el castillo hay un inapreciable tesoro. Lo había, es verdad: era el edificio mismo, artístico, soberano, evocador; pero el pueblo lo sigue buscando en los hendidos y revueltos cimientos. Así han desaparecido en España la mitad de nuestras joyas arquitectónicas.

Y así ha desaparecido la vegetación. El viejo salvajismo arrasó Aragón con su ímpetu bravío. No de otro modo, muchos siglos después, en nombre de una civilización sin entrañas, arrasa la floreciente Europa, sin conmiseración ni piedad, la barbarie nueva.

Morata de Jalón.

CIUDAD NUEVA: QUINCE DÍAS

Allá, bien iniciada el alba, despertamos entumecidos, friolentos, aturdidos por el traqueteo y la ruda oscilación del convoy; durante la noche, hemos per-

manecido en un sopor que no ha conseguido convertirse en sueño reposado y tranquilo. Horas y horas nos hemos abismado en inconsciente, pero sobresaltada y penosa, modorra. Ni uno solo de los golpeteos producidos en los ejes por la unión de los rieles ha dejado de repercutir en nuestros desfallecidos músculos; ni la menor oscilación ha dejado de ser percibida en la penumbra del departamento por nuestros ojos medio entornados. De cuando en cuando, después de largos tránsitos de monótono y retumbante ajeteo, nos ha sobresaltado un silencio brusco: ha sonado una voz semejante á una lamentación, que pregona un nombre para nosotros desconocido, y el tren ha vuelto á ponerse en marcha, «con un trajín de fiera encadenada», como escribió, con gráfica expresión, el inolvidable poeta de las *Doloras*.

Pero los encadenados, los prisioneros somos nosotros. Nos preguntamos por qué motivos nos hemos recluso voluntariamente en la movible celda, y no lo sabemos. La costumbre acaso; tal vez el deseo «de ver y saber cosas nuevas», condenado con tanta severidad por fray Luis de Granada, y que es el más fuerte acicate de toda nuestra vida de neurasténicos activos, sin duda el afán de reposo nos ha lanzado á la excursión ímprevedida. Para tranquilizarnos en el corte brusco hecho en nuestra vida de burgueses insignificantes, necesitamos decirnos que no vamos al Japón, ni al Canadá, ni siquiera á Iprés, sino á Ciudad Nueva. Sin embargo, miramos con estupefacción, al amanecer, los campos floridos; contemplamos con asombro los garbanzales, los bosques de castaños, los pedregosos arroyuelos á cuyos bordes pastan rumiantes y pacíficas vacas. No nos reconoce-

mos: nos consideramos héroes denodados al emprender tan breve odisea. Luego, regresaremos orgullosos de nosotros mismos, relatando aventuras tartari-nescas, describiendo paisajes situados á veinte pesetas de Madrid. En nuestro universo pequeñito, esta ha sido una hazaña portentosa. Y, lo confesamos francamente, la mayoría de los veraneantes piensa lo mismo, pero se lo calla. No siente, como el inolvidable De Maistre, el vértigo de las insignificantes alturas—de dos ó tres metros—y el deslumbramiento de las reducidas distancias: es incapaz de realizar el viaje «alrededor de su cuarto», navegando, galopando, en automóvil, en tren rápido, en globo dirigible; no sabe sentarse en un sillón y emprender desde allí una excursión á los pálidos valles de la Luna. Y se ríe de nuestras peregrinaciones á Ciudad Nueva y Villa Solemne, situadas á 500 kilómetros de la calle de la Magdalena; es decir, casi al otro extremo de nuestro planeta numerario, en donde nos esperan las aventuras maravillosas del pacífico viandante, al cual no sucede nada absolutamente, ó, lo que es lo mismo, le acontece todo lo que es digno de añoranza y recordación.



Y henos en Ciudad Nueva. Ciudad Nueva, unas veces, es melancólica, grande, ceñuda, con la altivez de una vieja reina desposeída; otras, es luminosa, alegre, fresca, sensual. Siempre es para nosotros atractiva y llena de embeleso, porque es el misterio. Por de contado, tiene tendido á sus pies el mar, como un león azul de leyenda, empapado en la línea lejana del horizonte en arrobadoras neblinas. En la ciudad de

encanto, todo nos deleita: su clima, confortador y tónico; su aroma penetrante de algas y mariscos, ó, mejor, de puro y vivificante ozono, que ha de curarnos ó aliviarnos de nuestro agotamiento; sus peñas abruptas, sobre las cuales levantan las olas su espuma en ramilletes y surtidores nítidos; sus paseos amplios, su caserío original y típico, y, sobre todo, sus habitantes, atentos, corteses, hospitalarios, irremplazables, que hacen más, porque nos curan de nuestro lóbrego y tenaz pesimismo. ¡Y hemos venido por quince días! Nos entristece la perspectiva de la despedida prematura, el regreso á la vida de yunque y de aplastante monotonía. ¡Quince días! Es plazo muy corto. Y, sin embargo, ese es el misterio de nuestro deleite. Prolongadlo á dos años, y el ensalmo se habrá deshecho: sobrevendrá el hastío, y el recuerdo que ha de poetizar el resto de nuestra existencia se habrá desvanecido en los prosaísmos de la realidad.

¡Ciudad Nueva!; es decir, ciudad que no tiene en nuestra alma recuerdos angustiosos, ni desengaños, ni remordimientos, ni heridas que sangran, ni desconfianzas que irritan; población en que somos niños porque no tenemos pasado, y buenos porque en ella no habremos de luchar, y confiados porque la esperanza, como la ilusión, nos sonríe. Ciudad-bálsamo, que cicatriza las rasgaduras de nuestra piel interna, que no conoceremos jamás á fondo, y, así, sólo tiene para nosotros perspectivas magnas y mares de ensueño, y brisas confortadoras, y cálices rosados é ilusiones, que, como nunca han de convertirse en hechos tangibles, tampoco se habrán de marchitar.

Y por eso, cuando volvamos á encerrarnos en la

celda movable, y cuando nos hallemos otra vez ante nuestra mesa de trabajo, diremos con unción, recordando la breve estancia: «¡Oh, hermosa; oh, pulcra; oh, inolvidable Ciudad Nueva!» Porque no hemos llegado á poseerla, como las frutas de ajeno cercado, como las hembras del harén, como los pájaros del bosque, como el arco irisado de los cielos, como todas las cosas soñadas y entrevistas apenas, que pasan fugaces por nuestro horizonte melancólico con ruido de aleteos y cuchicheos de adolescentes, y embriaguez de perfumes, y rumor de oleajes, y deslumbramiento de magnificencias, trazando en la lóbreguez de la vida tenebrosa y marchita un reguero de luz y una rosada estela de esperanza.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
A caza de ensueños.	171
Agonía del león.	106
Aguilas y leopardos.	32
A la luz de la Luna.	47
Alborada de la Merced.	168
Aldeas	175
Aniversario	117
Archivos.	202
Asilo de la Caridad.	62
Astilleros humanos.	209
Asturias.	122, 163 y 224
Avila.	79
Bajo el roble.	26
Barcelona.	87
Barracón.	206
Barretinas.	83
Berruguete.	51
Bilbao	22
Bosques y trigales.	43
Burgos.	110 y 122
Canéforas.	151
Capitalistas al ruedo.	180
Caput Castellae.	110
Carabanchel.	180
Cartuja de Miraflores.	212 y 227
Carritos.	87
Casa del cura.	53
Castilla.	43
Cataluña.	83 y 163
Ciudad nueva.	248
Comienza el año.	195
Coruña.	144
Costa.	103 y 115
Covadonga.	163 y 228
Cruz de Borrás.	99
Cuenca.	29